

# Cultura

## La Nueva España

Nº9  
Viernes, 16 de diciembre de 1988

### Tres cartas inéditas del «padre» del psicoanálisis

Luis Meana Menéndez

**A** Billy Wilder, vienés, periodista semidesconocido en Viena antes de que, por la emigración, llegara a convertirse en director famoso en Hollywood, le ha visto uno narrar con verdadero regocijo, una vez, una visita hecha, como periodista, a Freud en su casa de Viena. Wilder se presenta a la hora de comer, entrega a la criada su tarjeta de visita y pasa al salón. Poco después, sale del comedor Freud con una servilleta en una mano y la tarjeta de presentación de Wilder en la otra. Pregunta: «¿Es usted el señor Wilder?». Respuesta: «Sí». «¿Trabaja usted para el periódico tal y tal?». Respuesta: «Sí». «¿Viene usted a hacerme una entrevista?». «Sí». Con el brazo totalmente extendido, y el dedo apuntando a la puerta: «pues a la calle». Y a la calle.

Unas cartas, hasta ahora inéditas, de Freud dejan entrever ese mismo carácter riguroso y algo hirsuto de la anécdota de Wilder. Las cartas permiten ver, sin embargo, algunas otras caras de Freud y de su obra. Una de ellas, casi, casi contraria o contrapuesta a la anterior: nostálgica, tierna y sensible. De ternura humana y literaria.

La literatura, sobre todo realista, siempre conmovió a Freud, además de interesarle por interés confesadamente racionalista y analítico. La cara más inédita de todas es probablemente la berlinesa: las cartas contienen las manifestaciones más detalladas, de las publicadas hasta la fecha, de

ciudad que frecuentó para tratar su cáncer de boca. Las cartas tienen igualmente una cara técnica, pero ésa es probablemente la menos novedosa e inédita de todas: las explicaciones de Freud sobre algunos aspectos del psicoanálisis, relacionados principalmente con el sentimiento de culpa, el juego moralidad-inmoralidad y las reacciones de angustia frente a la muerte. Las cartas tienen, por fin, una cara dramática: la de la época. Como casi todos los documentos de ese tiempo —el inmenso y conmovedor material que forma la llamada literatura de exilio—, esas cartas no se pueden leer sin un cierto temblor: se dicen, sin decirlos, demasiadas tragedias. Las cartas testimonian, una vez más, esa tragedia. Que hasta ese momento (1936) todavía no había alcanzado al mismo Freud, pero que le alcanzaría poco más tarde y por encima de los setenta, cuando, según él, ya no se debe cambiar de vida.

Esas cartas —tres, más dos brevísimas tarjetas postales— fueron escritas a George Hermann, seudónimo del escritor Georg Hermann Borchardt, un pacifista, novelista y ensayista político alemán nacido en 1871 en Berlín, y bastante conocido en la época incluso fuera de las fronteras de Berlín, sobre todo por algunas de sus novelas del ambiente judío berlinés, y que, como otro berlinés famoso por su descripción de ambientes parecidos, Doblín, no tuvo más solución que el exilio. El exilio holandés, primero, en Hilversum desde 1933, donde recibió las cartas de Freud, y la «solución final» des-

dés de Westerbork y de allí trasladado a Auschwitz, donde moriría ese mismo año. Hermann no tuvo tanta suerte como otros. Las cartas se encontraban entre los escritos póstumos holandeses de Hermann y llegaron, tras el traslado y desaparición del escritor en Auschwitz, por tortuosos caminos hasta el «Leo Back Institute» de Nueva York.

De las cartas, la segunda es la que tiene, sin duda, un trasfondo más «actual». Incluso totalmente actual: ingeniería genética, por un lado, y computadoras conservadoras y salvadoras de cantidades ingentes de saber, por el otro. El trasfondo de la carta es una novela de Hermann en la que el protagonista, el profesor Johnstone, trata de conseguir, por trasplante, lo que muchos otros —positivistas de género popperiano o no popperiano— parecen querer o anhelar encendidamente todavía, y hoy más que nunca: el aumento —infinito— de contenido, un saber siempre creciente y transmisible, por medio de una computadora o por medio de un trasplante, de maestro a discípulo, para que no se pierda ni un triste miligramo, ni un segundo en el camino. El sueño de la continuidad y continuación total del saber, sin pérdidas ni demoras. El sueño de un saber perfecto y total. O, con palabras de Johnstone, la ley de conservación de la energía —mental— aplicada al saber. En resumen, atesorar saber, lo mismo que los bancos atesoran oro y papel moneda. Banco de dinero y banco de datos. La ciencia, el saber, convertida en una cuestión de banca. De la que



miento entendido como una especie de «record» —en el doble o triple sentido de la palabra—: primero, en el sentido de una competición en la que el científico-atleta recoge el record anterior y se propone establecer uno más alto, produciéndose así una progresión indefinida e interminable. Segundo, un saber «record» en el sentido del saber como algo «guardado», «archivado» y «conservado», y que se constituye en saber por mera «record-acción» o procesamiento. Por ahorrarnos

el experimento, Johnstone se infantiliza y muere. ¿No es eso mismo —infantilismo— lo que vemos, cada vez más claro, en ciertos científicos y positivistas, premios Nobel o no, de hoy?

Lo más paradójico de todo esto es, sin embargo, que la Banca juega y pierde. Porque, como Hermann señala muy certera-

mente, esa actitud guarda en su interior una contradicción que es intrínsecamente destructora: en ese intento de salvar la continuidad del espíritu está ya el germen destructor del espíritu mismo: su instrumentalización. Con otras señas, la crítica de la razón instrumental. La Banca juega y pierde en otro aspecto aún más fundamentalmente, por culpa de una contradicción incluso más radical, que no es tan claro que Hermann señalase o viese: el intento de salvar el saber supranacionalizado lleva antes o después a la catástrofe política: a la supra o superación; al nazismo; a cualquier forma conocida o desconocida de nazismo.

A una conclusión o denominador común parecen llegar, después de todo, Hermann y Freud en esa carta, a pesar de sus disensiones; el saber es una forma de experiencia de vida, o sea, es una forma de vivir y de aprehender, por análisis o psicoanálisis, la vida. O no es nada.

#### NOTAS sobre la tercera carta

1. Se trata de la novela «¿Hatte professor Johnstone falsch dosiert?» (¿Había dosificado erróneamente el profesor Johnstone?).

2. Una obra de 1935 que transcurre en un ambiente de criminales, de chulos y de prostitutas en el Berlín de comienzos de siglo.

3. El cirujano berlinés profesor Schroeder era quien trataba el cáncer de boca-mandíbula de Freud. Este vivió en el pabellón de médicos del sanatorio Schloss Tegel.

ta, siempre conmovió a Freud, además de interesarle por interés confesadamente racionalista y analítico. La cara más inédita de todas es probablemente la berlínesa: las cartas contienen las manifestaciones más detalladas, de las publicadas hasta la fecha, de la relación de Freud con Berlín,

otro berlinés famoso por su descripción de ambientes parecidos, Doblín, no tuvo más solución que el exilio. El exilio holandés, primero, en Hilversum desde 1933, donde recibió las cartas de Freud, y la «solución final» después: en 1943 fue internado en el campo de concentración holan-

energía —mental— aplicada al saber. En resumen, atesorar saber, lo mismo que los bancos atesoran oro y papel moneda. Banco de dinero y banco de datos. La ciencia, el saber, convertida en una cuestión de banca. De la que los que más saben son, naturalmente, los banqueros. El conoci-

gresión indefinida e interminable. Segundo, un saber «record» en el sentido del saber como algo «guardado», «archivado» y «conservado», y que se constituye en saber por mera «record-acción» o procesamiento. Por ahorrarnos trabajo, Hermann se molestó en adelantarnos ya el resultado: en

ca juega y pierde. Porque, como Hermann señala muy certera-

mandíbula de Freud. Este vivía en el pabellón de médicos del sanatorio Schloss Tegel.

Prof. Dr. Freud

1-2-1936  
Viena, IX, Bergasse 19

Muy estimado señor: Permítame resaltar rápidamente el punto en el que yo ostensiblemente le aventajo a usted. Yo soy un mejor conocedor de sus obras que usted de las mías: tras gozar de la belleza doliente de «La noche del doctor Herzfeld» («Nacht des Dr. Herzfeld») y de «Sueños de Ellen Stein» («Träume der Ellen Stein») prendió en mí un sentimiento de intimidación con el poeta, sentimiento que ha tenido ocasión de volver a encenderse al recibir su carta.

Por desgracia, no me resulta posible creer en la procedencia de su objeción con respecto a la conciencia de culpa. Las personas no se transforman con tanta rapidez ni tampoco tan básicamente. Lo que se manifiesta con tanta claridad en los neuróticos de los últimos veinte años tiene que darse también en los otros, en los denominados normales. Las diferencias no son fundamentales, ni siquiera muy grandes. No se trata en cualquier caso únicamente del sentimiento de culpa consciente, que atribuimos a la consciencia, sino mucho más del sentimiento de culpa inconsciente, tal y como lo denominamos en un uso inapropiado y sin embargo consecuente del término. A primera vista, hablar de sentimiento de culpa inconsciente parece un contrasentido, pero, al adentrarse en nuestra teoría de las fuerzas destructoras presentes en nuestra vida, esa forma de hablar se llena de sentido. Lo denominamos entonces de forma más correcta necesidad de castigo. He escrito ya en alguna ocasión que, si se analiza a las personas, no sólo se las encuentra más «inmorales» sino también mucho más «morales» de lo que se hubiera esperado. Con otras palabras, esas dos tendencias tendrían su prolongación en los planos más profundos.

Esta es una justificación por mi parte; me temo que no resulta muy diáfana. No le reprocho a usted un error sino solamente una apasionada exageración. Una parte de la humanidad actual, ciertamente sólo una parte, parece atravesar en este momento una regresión cultural desde el sentimiento de culpa a la agresión, la cual es la fuente de la que brota la conciencia. Períodos así los ha habido también con anterioridad y el actual no durará indefinidamente. Tampoco va a ser el último. Disculpeme el tono profesoral. Me gustaría poder decirle más, si no fuera que yo mismo sé que nos encontramos en el comienzo mismo del entendimiento de estas transformaciones del alma humana. Sólo un centímetro más profundo, dice usted y tiene usted probablemente razón —como la tienen la mayor parte de las veces los poetas. Su cordial servidor.

Freud.

El tema de esta carta de Freud es la conciencia de culpa, tal y como él la formulaba, contra cuya formulación Hermann probablemente había manifestado algunas objeciones.

Prof. Dr. Freud

16-2-1936  
Viena, IX, Bergstrasse 19

Muy apreciado señor: Le agradezco a usted que me brinde la oportunidad de continuar nuestro intercambio de cartas.

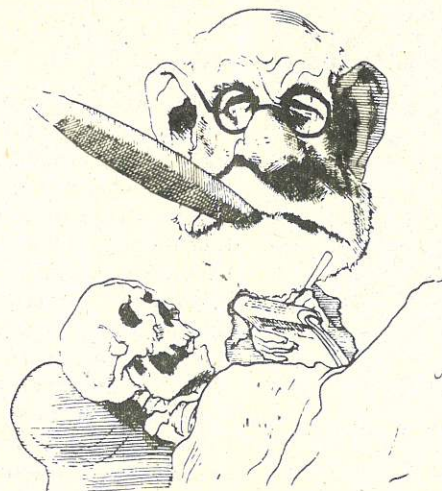
He logrado, de hecho, leer completamente su manuscrito mecanografiado y quedé profundamente conmovido de cómo la fuerza conformadora del poeta se confronta con el más ingrato de todos los problemas. Pues absolutamente ingrato me parece a mí todo esfuerzo de arrancarle a la muerte «su aguijón», de salvar algo de lo que ella destroza. ¿Ha logrado en alguna ocasión un «poeta» algo de ese tipo? Desde luego y con certeza, Shaw no, su «Back to Methuselaan» es sencillamente insípido.

Me atrevo a opinar que ese revestimiento que le ha dado usted —sólo aparentemente burlesco— habría ganado con una cierta profundización, por ejemplo, mediante la diferenciación del contenido del saber de las actitudes enraizadas afectivamente. La desigualdad, el desequilibrio entre finalidad y técnica resultaría entonces menos grande. Pero creo que más bien debería pedirle disculpas por tales ocurrencias.

Si usted piensa reformar todavía algo su historia, en tal caso, le ruego transforme al judío rumano Fr. en un judío de Moravia y que tache usted la técnica Freudiana-Jungiana (o como usted quiera llamarla), pues no existe. Su nueva novela criminal me había pasado desapercibida, pero ya la he pedido.

¿Qué debe hacerse con el manuscrito del doctor Johnstone?  
Con un afectuoso saludo, su Freud.

Esta segunda carta de Freud es su respuesta a una narración de Hermann en la que éste describe la historia de un fisiólogo del cerebro —el profesor Johnstone— que trata de transmitir a uno de sus discípulos todo el contenido de la memoria conservado en su cerebro. El profesor, tras sufrir un proceso de infantilización rapidísimo, muere en el intento. Se demuestra que los recursos de la memoria están íntimamente ligados a la afectividad. Y que, si se transfieren aquéllos, se destruyen las capas profundas del inconsciente y con ellas de la vida.



TRADUCCION Y NOTAS. LUIS MEANA MENEZES

Prof. Dr. Freud

28-2-1936  
Viena, IX, Berggasse 19

Muy apreciado señor: Por fin, por una vez, me resulta posible decirle algo que usted parece ignorar. ¡O quizá no! Todos esos sueños de viajes, de perder trenes, etcétera, se ocupan de la muerte, buscan mantenerla alejada. Usted recuerda lo que se suele decir a los niños cuando alguien no regresa porque ha muerto: que se ha ido de viaje. Recordará usted también al viajero errante en el país de cuya región no se vuelve (o algo así), el último viaje, el paso al otro lado (de un río), la detallada guía llena de indicaciones para ese viaje en el libro de los muertos egipcio, y así sucesivamente. Los primitivos transformaban su añoranza del muerto en el deseo de éste de volver del más allá a recogerlos más tarde y trataban de defenderse de ello. En sueños nosotros seguimos haciendo todavía lo mismo. Que hayamos perdido el tren es precisamente la confirmación consoladora de que no nos hemos muerto.

Esos sueños están por lo tanto relacionados de alguna manera con la obra burlesca cuyo manuscrito espera aquí a ser recogido (1). Entre tanto he leído su Rosenemil (2) y estoy todavía colmado por ella, tan lleno, que difícilmente la puedo alabar suficientemente. Ella es su expresión más propia y particular. En ella está metido un gran trozo del extraño encantamiento del asqueante Berlín, de Berlín como lo vive el doctor Levy, lo repugnante y lo brutal echado a un lado y la poesía metida en la ternura romántica por la pobre Simonetta, sin la cual, por lo menos a mí, tanto realismo me sería difícilmente soportable.

Para mí como para usted (y para el doctor Levy) la belleza tiene su morada en Italia y en el Mediterráneo y, sin embargo, hace algunos años estuve a punto de convertirme en un berlinés. Pasé, en distintas ocasiones entre 1928 y 30, varias semanas en Berlín con el fin de visitar al profesor Schroeder, vivía en el sanatorio Tegel dentro de los terrenos de la humboldtiana, mi hija nadaba en el lago Tegel, me acompañaba todos los días en el viaje en automóvil hacia Westend a través del Jungfernhaide. Era realmente un idilio exquisito. Un hijo vivía con tres nietos en la Regentenstrasse. Otro, más modestamente, con una hijita en Tempelshof. En el Kupfermarkt tenía su tienda un doctor Lederer en la que pude transformar en antigüedades la mayor parte del premio Goethe de la ciudad de Frankfurt. A la vuelta de Schroeder se podían comprar en una filial de Rollenhagen los más selectos y delicados alimentos, como aceitunas, quesos y cosas así. Schroeder se había mostrado dispuesto a buscarme una hermosa quinta en Westend, ya que, desde mi operación de mandíbula en junio de 1923, yo era un caso difícil para su arte y me prometió tratarme debidamente si permanecía constantemente en Berlín (3). Todo era tan tentador, era, con absoluta certeza, bien visto en la ciudad, el ministro socialdemócrata doctor Becker me había hecho una visita amistosa en Tegel, acompañado por dos de sus consejeros, incluso mi mujer era una alemana del norte, de Hamburgo. Todo parecía seducir, Viena no había hecho mucho por merecerme. Y, sin embargo, que acertado fue que dejara prevalecer el argumento de que no se debe cambiar nada tras los 70, sino esperar tranquilamente el fin de la vida en el propio lugar. Pues apenas aclimatado, habría tenido que dejar la propia casa en 1933 y habría pasado por lo mismo que usted y muchos otros. Perdóneme usted este parloteo con tan poca coherencia. Pero su libro ha despertado en mí Berlín.

Con un saludo cordial.

Su Freud.

El motivo de la tercera y última carta parece ser una pregunta de Hermann sobre el significado de un sueño, en el que el viajero sueña que pierde el tren.